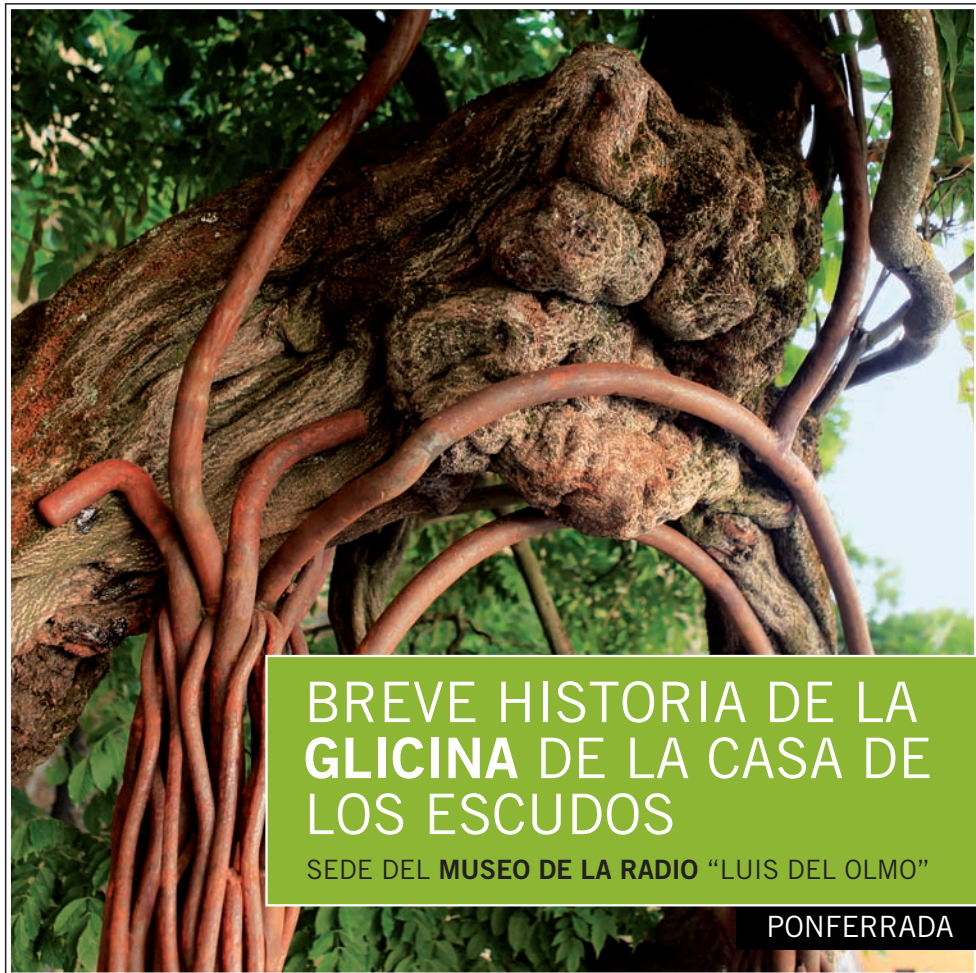




AYUNTAMIENTO DE PONFERRADA

www.ponferrada.org



BREVE HISTORIA DE LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS

SEDE DEL MUSEO DE LA RADIO "LUIS DEL OLMO"

PONFERRADA

BREVE HISTORIA DE LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS

SEDE DEL MUSEO DE LA RADIO “LUIS DEL OLMO”



AUTORES

BERNABÉ MOYA y JOSÉ MOYA

FOTOGRAFÍAS

CARLOS MARTÍNEZ, GERARDO QUEIPO, JOSÉ PLUMED, JOSÉ MOYA, BERNABÉ MOYA, MARÍA ANTONIA GANCEDO y ARCHIVO MUNICIPAL

Aesor lingüístico
José Manuel Alcañiz

Nuestro más sincero reconocimiento a **Carlos Martínez, Candi y Álvaro** por todo el trabajo, desvelos e ilusión que durante años y de forma desinteresada han dedicado a la Glicina de la Casa de los Escudos. También queremos dar las gracias a **Gerardo Queipo, Marisa y Aurora**, al colectivo **“Embarrarte”, Pablo Voces, Fernando Arias, Fran Jordán, Lola Fernández, Isidro Canóniga, Toño Nespral**, a la asociación **“A Morteira”**, a la Comunidad de las **Hermanas Clarisas** del Monasterio de la Anunciada de Villafranca del Bierzo, al **Ayuntamiento de Ponferrada** y a todas aquellas personas que a lo largo de esta década han apoyado y hecho posible nuestra presencia en esta hermosa tierra poblada de grandiosos árboles que es El Bierzo.



LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS

NUESTRA MÁS DISTINGUIDA CENTENARIA

De todas las ponferradinas centenarias, la Glicina de la Casa de los Escudos-Museo de la Radio es la más distinguida, orgullosa y presumida. Llegó cuando éramos Villa, no nos importa cómo ni en qué día exacto porque las leyendas no precisan partida de nacimiento.

Nos ha acompañado a todos más de un siglo. Nos ha visto crecer mientras pasábamos a su lado. Mientras, ella se asomaba por encima de los tejados, curiosa por contemplar más de un siglo de ciudad trepidante y bulliciosa.

Ella no sabía que con su prodigioso ciclo vegetal se iba convirtiendo en una seña de identidad de Ponferrada. Y como tal símbolo, el Ayuntamiento peleó por ella, le quitó el tráfico de delante, los coches que aparcaban bajo su sombra torturando sus raíces y le dio apoyo para seguir creciendo.

Una ciudad se construye con grandes proyectos pero también con pequeñas obras como la recuperación de nuestra glicina. La devolvimos de una muerte anunciada con múltiples tratamientos y ahora, rejuvenecida, le auguramos larga vida anunciando la entrada oficial de la primavera desde el Casco Antiguo.

CARLOS LÓPEZ RIESCO

Alcalde de Ponferrada



LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS

ENTRE LOS MONUMENTOS MÁS VALIOSOS QUE INTEGRAN EL CASCO antiguo de la ciudad de Ponferrada hay uno en el que la vida palpita de una manera muy especial. Lleva décadas emitiendo un delicado y profundo mensaje que ha calado en lo más íntimo del pueblo berciano. Su presencia añade una nota de distinción a edificios tan emblemáticos como la Basílica de Nuestra Señora de la Encina, la Fortaleza Templaria o el propio Museo de la Radio “Luis del Olmo”. La Glicina de la Casa de los Escudos, nuestra protagonista, es una atractiva y exótica planta trepadora que tiene fijada su residencia en las paredes del Museo.

Su llamativa y explosiva floración primaveral llama a la esperanza cuando más frías y dormidas parecen las piedras cargadas de historia de la ciudad. Tras el duro letargo invernal engalana, con la ilusión de miles de florecillas violáceas recogidas en grandes racimos, la fachada principal de su residencia señorial. Es imposible pasar por delante en ese sublime momento y no emocionarse. Su atractiva belleza no lo permite. Aunque solo le dediquemos una mirada fugaz, la impresión quedará grabada en nuestra memoria. Pero si, por un momento, vamos más allá y nos detenemos a contemplarla y dejamos que la dulzura de su fragancia nos embriague, correremos el riesgo de que nos asalten algunas preguntas, para las que seguramente no dispongamos de muchas respuestas: ¿quién es?, ¿cómo llegó?, ¿va a continuar creciendo?, ¿cuántos años puede vivir?, ¿la llegarán a disfrutar nuestros descendientes? Estas líneas que siguen son solo un esbozo de la crónica de su historia; toda la demás, la más importante, es la que cada uno de los vecinos comparte con ella. No dejemos que se pierda.



La Casa de los Escudos, lugar en el que reside nuestra estrella, es una noble edificación del barroco tardío, construida a lo largo del siglo XVIII. Formada por varios cuerpos, destaca el principal, donde sobresale un hermoso balcón de cuerpo volado con jambas molduradas, gola y remate inferior, flanqueado por dos escudos de armas de la familia García de las Llanas. Estas heráldicas tallas dan nombre al edificio y a la Glicina. No menos importantes, al menos por la trascendencia que han tenido como asideros para la pertinaz trepadora, son los sólidos enrejados y barandillas que cierran balcones y ventanas.



Contemplado su grueso tronco, y su manifiesta persistencia, no sería de extrañar que ya en su juventud, una vez tomara conciencia del escogido lugar en el que pasaría el resto de su vida, la Glicina pudiera soñar con el feliz día en el que finalmente acogería en amistoso abrazo el edificio entero. No conocemos ni la fecha ni la mano benefactora que la plantó, pero todo parece indicar que tan feliz acontecimiento pudo suceder entre finales del siglo XIX y principios del XX, cuando

Estado en que se encontraba la Casa de los Escudos en 1984.





En la década de los sesenta, las ramas de la Glicinia habían alcanzado la cubierta del edificio, mientras bajo la copa estaba instalada una churrería.

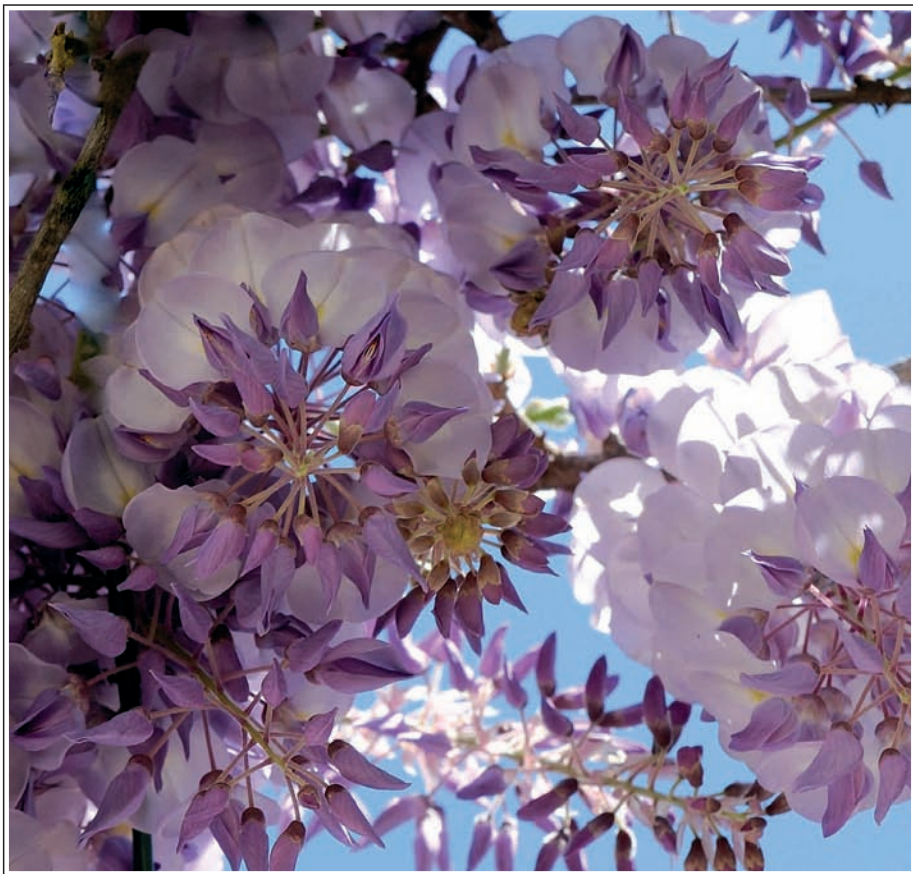


la propiedad pertenecía a la familia de don Adelino Pérez Gómez. Cuentan los descendientes que bien podría haber sido un encargo especial a un comerciante amigo de la familia, quien la trajo a esta ciudad cuando aún era villa.

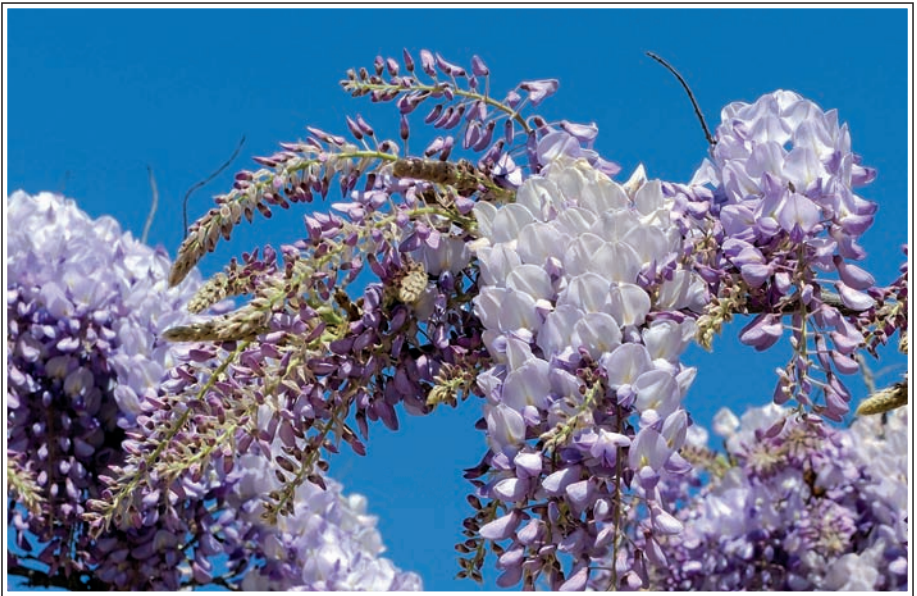
La plantación de glicinas junto a edificios emblemáticos europeos es un acontecimiento paisajístico que tiene su origen en la llegada de las primeras especies de glicinias americanas a Inglaterra en el siglo XVIII. Pero la gran expansión se producirá a principios del siglo XIX con la incorporación a las colecciones privadas



y jardines botánicos de las nuevas especies llegadas de Oriente. El ambiente de la época era ciertamente especial: el desarrollo industrial estaba revolucionando las comunicaciones, facilitando los intercambios comerciales entre los puntos más distantes del planeta. La bonanza económica de la que disfrutaban especialmente las clases nobles y burguesas les permitía acceder a las plantas y animales llegados de remotos países y exhibirlos como un signo de posición y distinción social. Las expediciones de geógrafos, naturalistas y aventureros eran frecuentes, movidas por



LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS



el afán de descubrir nuevos paisajes inexplorados y sorprendentes culturas milenarias. En este contexto, las plantas recién capturadas eran un buen testimonio de su progreso. Lo exótico estaba de moda y cuanto mas extravagantes fueran las formas, deslumbrantes los colores y embriagadoras las fragancias, mucho mejor.

La pasión por las glicinas viene de lejos, y motivos no faltan. En China central, su zona de origen, son veneradas desde hace milenios por su abundante, vistosa y deliciosa floración azul-violácea, dulcemente perfumada. Pero también por el

tierno verde con el que se tiñen las hojas recién nacidas una vez pasada la explosión primaveral. No menos atractivo es el poderoso vigor y la densa frondosidad con la que visten su copa a lo largo del periodo vegetativo. La caducidad de su follaje, marcado por el tono amarillo pálido que lucen las hojas al caer durante el otoño, o la bella desnudez de su ramaje invernal, dejando entrever sus poderosas y entrelazadas ramas, las hacían ideales para acicalar los fríos muros de piedra, las fachadas principales y las pérgolas de los edificios más antiguos.

Nuestra protagonista fue plantada en plena calle Gil y Carrasco presidiendo la fachada del tramo medio del edificio, justo debajo de un elegante balcón de cuerpo sencillo sobre ménsulas. Aprovechando el discreto rincón que los distintos cuerpos que forman la planta del edificio dejan en su conexión con el bloque principal. No es hasta el momento en el que se produjo la rehabilitación de esta parte del casco histórico cuando el espacio comprendido entre la edificación y la acera fue liberado en forma de jardinera alargada. Hasta entonces, había pasado toda su vida expuesta a los vaivenes de la calle. Un lugar duro, difícil y cambiante que en origen fue de tierra, para más tarde pasar a árido cemento, donde no es nada fácil obtener sustento. En la actualidad, una nueva, elegante y discreta valla protege el espacio vital en el que hunde las raíces la historia de esta magnífica planta.

A pesar de todo, y si de ella hubiera dependido, hace ya años que habría abrazado con sus musculosas ramas cargadas de flores todas las fachadas del Museo. Si no ha podido conseguirlo ha sido por las contrariedades y malentendidos que se han producido a lo largo de su vida, que no han hecho más que retrasar su ilusionado sueño infantil.

Para una planta, pasar la vida entera en la ciudad no es fácil y, desde luego, paga factura en forma de imborrables huellas y cicatrices. Lo delata la extraña



dirección que toma la inclinación del tronco de la Glicina, contraria a la fachada que lo debía sustentar. Fueron muchos los cables y alambres que, habiendo sido dispuestos con la sana intención de ayudarle a dirigir su crecimiento y facilitarle la trepa, quedaron olvidados y acabaron por estrangular el paso de savia. Todo ello le obligó a enroscarse y a deformarse para tratar de sortear una muerte cierta, de la que muy pocos seres son capaces de escapar. Giró, se retorció y volvió a girar, creció de forma asimétrica tratando de escapar a los férreos lazos que le recorrían el cuerpo. Le asían la garganta, mientras ella se esforzaba cada día en hacer llegar a las hojas el agua vital.









El tronco y las ramas muestran los rastros y las secuelas de esa terrible y silenciosa batalla librada en soledad a lo largo de décadas, plagados de torsiones, desgarros, desgastes, pudriciones, asfixias y oquedades. Su única defensa era continuar creciendo y no dejar de florecer. En ello le iba la vida: tenía que continuar siendo el foco de atención cada primavera. De forma casi imperceptible, lenta y sostenida por una obstinada fe, fue cada año recubriendo las heridas, renovando las ramas y reforzando las raíces.



LA GLICINA DE LA CASA DE LOS ESCUDOS



Sobrevivir en la ciudad supone una larga y extraña odisea, incluso para una planta trepadora. En los bosques donde crecen naturales, las glicinas también necesitan apoyos sólidos con los que poder avanzar hacia la luz, teniendo que entrar en dura competencia con el resto de la vegetación. No disponen, como otras plantas escaladoras, de estructuras morfológicas especiales como zarcillos, raíces adventicias, espinas o discos adherentes con los que trepar. Su estrategia es otra, la basan en

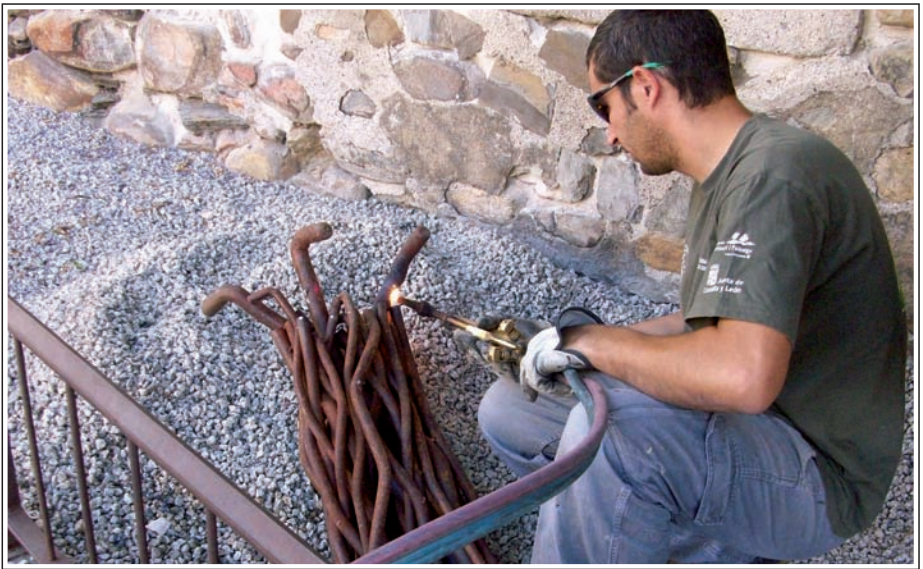


el crecimiento vigoroso de sus tallos, que en condiciones favorables puede llegar a superar varios metros de longitud anual. Esto es lo que les facilita el ir entrelazando sus delgados vástagos entre las demás plantas que le sirven de apoyo. Les gusta especialmente aprovechar las oportunidades que les ofrecen sus vecinos más altos, los árboles, ya que disponen de una madera mas dura y resistente que la suya, además de numerosas ramas escalonadas a las que asirse, ofreciéndoles una buena y sólida estructura sobre la que ir sucesivamente encaramándose en su aventurero viaje hacia la bóveda forestal. Una vez



instaladas, comienzan a extender sus ramas sobre las copas de los árboles vecinos, cuelgan de ellos sus dulces y nutritivos racimos de flores, y llegan a vivir más de mil años.

El extraordinario vigor de las glicinias puede ser muy ventajoso en el medio natural pero, si creces en una ciudad, también es fuente de conflictos. Siguiendo las pautas que rigen su propia naturaleza, la Glicina de la Casa de los Escudos alcanzó en muy poco tiempo la cubierta de pizarra de la edificación. Este tipo de



cerramiento tradicional de nuestros hogares, basado en la habilidad para entretejer lajas de piedra, ofrece un buen aislamiento y estanqueidad a la hora de impedir y evacuar la presencia del líquido elemento, sea este en forma de hielo, nieve o granizo. Pero, como sabemos, también es estructuralmente frágil y sensible a la presión y a los movimientos laterales entre las lajas. Esa es, desafortunadamente, la forma en la que una glicina interactúa con un tejado de teja o pizarra.

A causa de ello, y desde la más temprana edad, el crecimiento en altura le fue limitado por las podas. Esta contrariedad acabó interfiriendo en su táctica de

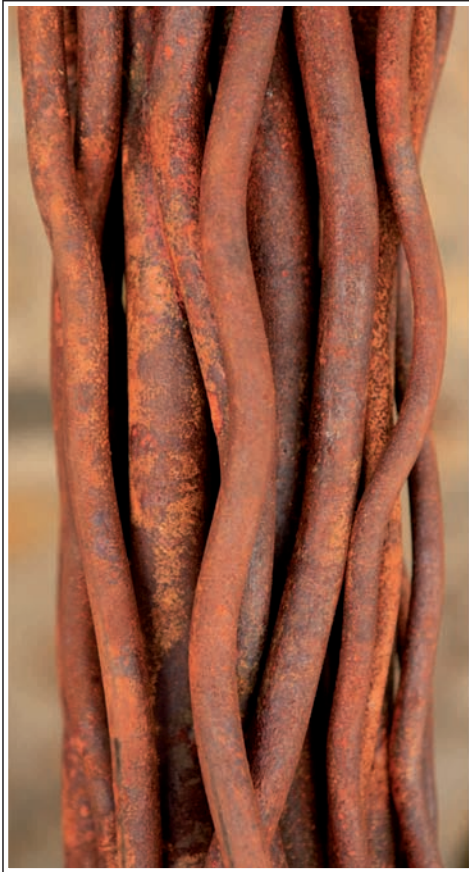
tratar de acceder lo más deprisa posible a lo alto, para a continuación expandir su copa hacia a los lados. Un malentendido que acabó instaurando una difícil batalla. Por una parte, los residentes y propietarios, que le deseaban lo mejor, trataban de impedir a toda costa que las ramas invadieran la parte superior del edificio. Si el tejado perdía su función aislante, la noble residencia acabaría por arruinarse en poco tiempo. La Glicinia no lo sabía, aunque hubiera debido estar interesada en ello ya que, si su alocado crecimiento causaba la destrucción del soporte que la sustentaba, precipitaría su propia destrucción. Desde luego, aunque aquella también fuera su casa, quedaba claro que desconocía cómo funcionaba. Estas situaciones suelen plantearse a menudo en la convivencia entre humanos y plantas. Aunque nos necesitemos e incluso nos deseemos lo mejor, no nos conocemos lo suficiente como para ponernos de acuerdo, respetarnos y de esta forma poder envejecer tranquilamente juntos.

En ese tipo de circunstancias solemos responder cortando por lo sano, y tantas veces como sea necesario. Esto hizo mermar la fortaleza del tronco y de las ramas, que acabaron por separarse de la fachada. La Glicina de la Casa de los Escudos pudo sobrevivir gracias a su vigor extraordinario y a que a algunas de sus ramas quedaron sólidamente enredadas entre los balaustres que cierran los balcones y las rejas de las ventanas. Ellos han sido los verdaderos asideros que le han permitido continuar aferrada a la vida. Afortunadamente, el espectacular mensaje de su floración triunfó, y los sucesivos inquilinos que han residido en la propiedad, agradecidos, acabaron cediendo a sus cada vez más gruesas ramas un privilegiado y delicioso balcón con vistas a la fortaleza templaria.

Si todo esto sucedió en la parte más visible del monumento, no es menos lo que aconteció en la parte más misteriosa y oscura de una planta, a la que le







prestamos menos atención: las raíces. La Glicina ancla sus raíces en plena calle para obtener el alimento. Al principio de su vida, los animales de carga y de trabajo que pasaban junto a ella cada día se encargaban de abonarla; los riegos de los vecinos, y sobre todo las lluvias y las nieves, le suministraron el agua necesaria. Explorando la riqueza del suelo, las raíces cubrieron una distancia de más de veinte metros desde el tronco. Pero pronto la calle empezó a cambiar, a transformarse, llegó la modernidad y con ella las infraestructuras subterráneas. Por allí pasó el agua potable, el alcantarillado, las aceras, el asfalto, los bordillos o la iluminación. Estas sustanciosas y necesarias mejoras para la vida en la ciudad trajeron para nuestra planta algunos problemas. Se redujo el espacio subterráneo vital, le cortaron raíces y aumentaron las dificultades para conseguir el agua, los nutrientes y

el imprescindible oxígeno con el que respirar. Pero en esta poco conocida aventura radicular hay un aspecto destacable. En ninguna de las restauraciones y rehabilitaciones llevadas a cabo en el edificio se han detectado daños en los cimientos causados por la Glicina. Cuando las cosas están bien hechas, una planta las sabe respetar.

La ciudad cambia, está viva, y tras algunos periodos de excelencia vinieron otros más austeros. Finalmente, se produjo un nuevo esplendor y, con él, las justas restauraciones y rehabilitaciones acabaron por llegar a casi todos los monumentos del casco histórico. La semilla que era Casa de los Escudos se transformo en un fruto sin igual, pasando a ser la sede del Museo de la Radio “Luís del Olmo”. Una maravillosa metamorfosis y una excelente oportunidad para que la Glicinia pudiera continuar trasladando con más eficacia sus mensajes.

Pero casi siempre las plantas son las últimas de la fila, especialmente en cuanto a la restauración de monumentos se refiere. El peso de las desgracias que se habían ido acumulando a lo largo de todas aquellas batallas estaba a punto de pasarle cuentas. Extenuada, casi exhausta, el estado de salud se agravó, la aparente robustez se vio comprometida y el futuro se le presentó verdaderamente incierto. Hemos estado a punto de perderla. Necesitaba urgentemente que le prestáramos verdadera atención.

Coincidiendo con la celebración del “Año Internacional de los Bosques”, han culminado los trabajos de restauración de la Glicina de la Casa de los Escudos. Ha sido imprescindible instalar una serie de apoyos, que “Entre-Tejidos” por el grupo escultórico “Equipo Arrels” tratan de restituir su mermada fortaleza y expresar la íntima relación que los bercianos mantienen con ella.



El proyecto Huellas cerámicas de Árboles Monumentales del Bierzo, pretende establecer un diálogo entre arte y naturaleza.



Los árboles monumentales al igual que el Gres se crean a partir de tierra, agua y energía. Gerardo Queipo ha buscado LAS HUELLAS DEL TIEMPO y las ha traducido a la inmortalidad de la MATERIA CREADA.

El arte siempre ha bebido de la inagotable fuente de inspiración que es la naturaleza, pero es en la actualidad cuando la naturaleza más necesita del compromiso del arte. La serie “Huellas”, cerámicas que el artista Gerardo Queipo ha dedicado a los árboles monumentales bercianos, es una buena muestra. Especialmente destacable cuando ni la salud de planeta ni la abundancia de árboles pasan precisamente por uno de los mejores momentos de la Historia. Los árboles ancianos merecen todo nuestro reconocimiento, protección y cuidados. Precisan que nos intereseamos por ellos.





Son muy contadas las ocasiones en las que una enredadera pasa a formar parte de la historia, de los sentimientos y de la memoria de una ciudad. Les animamos a recuperarlos y alimentarlos; ella, a cambio, nos continuará embelleciendo, perfumando y emocionando. Es la admiración de los bercianos la que ha hecho posible que la Glicina de la Casa de los Escudos haya pasado a ser protagonista esencial y silenciosa, que no muda, de la historia de Ponferrada. Como volverá a mostrar la próxima primavera.